

bispo forman parte de unas circunstancias determinadas. Más que explicar el fenómeno en sí de la coexistencia, se trata de una respuesta utilizada por la sociedad cristiana para la autodefinición y el aumento de la intransigencia, consiguiendo de este modo el

desarrollo de tensiones que desembocarían en la desaparición de dicha coexistencia un par de siglos después.

Jorge Ortuño Molina
Universidad de Murcia

Daniel L. SMAIL, *Imaginary Cartographies. Posesión and Identity in Late Medieval Marseille*, Cornell University Press (London-Ithaca, 1999), 256p.

El profesor Daniel Lord Smail analiza en esta fascinante, y premiada obra, el modo en el que los notarios de Marsella consiguieron influir en los esquemas cartográficos de la ciudad en el período bajomedieval¹. Esta propuesta metodológica es particularmente atrevida si consideramos que los mapas urbanos, “tan comunes en el imperio romano, son prácticamente inexistentes en la Europa occidental antes del siglo XV.” Para compensar esa falta de ilustraciones, Smail utiliza las normas léxicas usada por el notariado urbano para describir la ciudad, valiéndose para ello de la documentación preservada en los archivos de Marsella entre 1250-1550 (aunque se concentra mayormente en los años 1337-1362). Basándose en estas fuentes (notariales, judiciales, señoriales, y fiscos), el autor destaca cuatro normas principales para describir y orientarse en la ciudad: calles, islas, vecindades, y elementos de referencia. Smail sostiene que estos esquemas cartográficos, como él les llama, están directamente ligados a los intereses de las entidades responsables que los han generado. Apoyándose en conceptos y técnicas de investigación propias de la socio-lingüística, Smail identifica una serie

de entidades, o “comunidades lingüísticas,” capaces de generar nuevos conceptos cartográficos, centrándose especialmente en tres de ellas: el notariado público; oficiales señoriales, y los hablantes de la lengua provenzal que no pertenecían a la nobleza.

Smail divide su estudio en cinco capítulos, además de un prólogo, una introducción, un epílogo, y varios apéndices. El primer capítulo ofrece una ilustrativa introducción sobre la situación socio-económica y política de la Marsella bajomedieval. Los siguientes tres capítulos se concentran en cada una de estas comunidades lingüísticas, y el último capítulo examina la relación entre concepciones espaciales y la manera en que los habitantes de Marsella se identificaban en la ciudad. Smail afirma que las conversaciones constantes entre notarios públicos y sus clientes sobre propiedades en el curso del los siglos XII, XIII, y XIV causaron que estos mismos notarios concibieran un esquema práctico, racional, y común para trazar la ciudad basada en calles. Este esquema no eral el mismo usado por otras burocracias administrativas para identificar espacios urbanos. El obispado de Marsella y la corona angevina, por ejemplo, descrita con más detalle en el capítulo tercero, preferían utilizar el esquema tradicional de la isla, que abarcaba varias manzanas enteras, que facilitaba, según el autor, un sistema

1 El libro ganó el premio Herber Baxter Adams, concedido anualmente por la American Historical Association al libro más distinguido en historia europea escrito por un autor americano.

efectivo y organizado para recaudar impuestos.

Ninguno de estos dos esquemas, sin embargo, representa la manera en que el habitante de Marsella concebía su ciudad. Para empezar, tanto los notarios como la nobleza y la Iglesia usaban el latín para la elaboración de sus descripciones, un idioma ininteligible para la gran mayoría de los marselleses. Además, la existencia de un registro del siglo XIV, procedente de la colación de St. Jacques de Galicia, y escrito en provenzal, el idioma vernáculo de Marsella, permite al autor la oportunidad de vislumbrar la manera en que la persona común y corriente trazaba la ciudad mentalmente. Los autores de este registro raramente describían la ciudad (usualmente refiriéndose a las viviendas de los miembros de la cofradía) usando calles o islas; más bien identificaban estos lugares en términos de vecindades o elementos de referencia (una iglesia, una plaza...). Según Smail, esta diferencia demuestra que los esquemas de calles e islas que monopolizan la descripción de propiedades en las fuentes notariales y señoriales nunca se empleó en el vocabulario cotidiano. Asimismo, Smail también asegura que la letra manuscrita del documento es típica de mercaderes y artesanos letrados, la cual difería a la usada por los notarios públicos y escribanos señoriales.

El tema de la identidad de los vecinos respecto a su ciudad y barrio es analizado con más detalle en el último capítulo, en el cual Smail concluye que las definiciones espaciales no tenían absolutamente nada que ver con la manera en la que los habitantes de la Marsella medieval se definían. Identidad, en esta sociedad, era “típicamente una función de memoria social”, lo que significa que la adscripción espacial racional fue una creación impuesta a los habitantes de la ciudad por los grandes señores feudales (el

obispado y la corona) y el notariado público mediante razones prácticas y políticas. En el caso de la clase señorial, las islas, como se mencionó anteriormente, ofrecían a esta elite un sistema efectivo para organizar sus propiedades y recaudar impuestos, mientras que los notarios públicos crearon un forma racional de dividir la ciudad basada, tal vez, en el carácter itinerario de su profesión.

El autor se atreve con una metodología original y sofisticada, que, además de utilizar teorías socio-lingüísticas bastante creativas, demuestran su conocimiento profundo de las fuentes documentales conservadas en los archivos de Marsella, algo no muy común en estudios que abren nuevas vías metodológicas. Aunque el libro cuenta en sus apéndices con un pequeño índice prosopográfico, el autor asegura haber elaborado un registro de más de 17.500 vecinos aparecidos en la documentación entre 1337 y 1362 y que contendría el nombre de cada persona en latín y en provenzal, su profesión, lugar de nacimiento, estado civil, lugar de domicilio, varios comentarios misceláneos sobre dicho individuo, y referencias a los documentos en los que aparece. Desafortunadamente, no nos queda más remedio que esperar con inquietud la publicación de este índice, el cual sería utilísimo para cualquiera interesado en la sociedad urbana bajomedieval.

Smail también coloca sus conclusiones dentro de una discusión historiográfica más amplia, ya que vincula sus conclusiones al papel de los estados en el desarrollo de las instituciones burocráticas modernas. La tesis defendida en esta obra refuta la opinión tradicional que atribuye la creación de un esquema cartográfico a las tendencias organizadoras del estado moderno centralista. En el caso de Marsella, como Smail afirma, el sistema que acabó siendo apropiado por el estado moderno (en este caso Francia)

para trazar la ciudad no fue “exclusivamente, ni primordialmente un proceso dirigido por el estado....sino por la cultura notarial.” Observaciones a ser tenidas en cuenta por los investigadores de la evolución los estados modernos europeos. Por su parte, en el ámbito de las Ciencias Historiográficas, los resultados de la investigación de Smail ofrecen una discusión profunda e inteligente sobre la cultura notarial en la Marsella medieval.

No obstante, quedan sin responder una serie de interrogantes planteados a lo largo del texto. El propio autor admite su limitación principal: la falta de comparación con otras ciudades. Obviamente esto plantea si los resultados extraídos en el caso de Marsella fueron comunes al resto del mundo urbano bajomedieval, o siquiera, al ámbito del Mediterráneo occidental. Smail tampoco explica cómo, y por qué, el esquema notarial de clasificar la ciudad por calles

acabó siendo el sistema cartográfico adoptado por el estado en el siglo XVI. Finalmente, debo admitir que encuentro el título del libro algo problemático. Considerando que el autor depende fuertemente de teorías lingüísticas, no entiendo por qué el título de cartografías imaginarias, cuando debiera haber hecho mención a la cartografía lingüística. Estos esquemas lingüísticos, a los que él dedica tantas páginas, no tenían nada de imaginario; eran completamente reales. Mas, estas referencias no desmerecen en nada el libro, y permiten constatar el prometedor futuro de la colaboración entre disciplinas de las Ciencias Sociales. Sin duda alguna, es un claro ejemplo de libro que debiera ser traducido a varias lenguas para facilitar su conocimiento por un mayor número de investigadores.

Antonio Zaldívar
University of California-Los Angeles